

Frente libertario

Madrid 5 de octubre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 595

ESPAÑA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA

Esa es la significación última de nuestra lucha contra el fascismo

La contienda española, que comenzó siendo lucha del pueblo que quiere liberarse de su secular explotación contra las minorías explotadoras, ha ido lentamente cambiando de carácter para llegar a ser, hoy, no sólo lucha del pueblo contra los privilegios de todas clases, sino también lucha del españolismo contra los afanes de hegemonía en nuestra patria de potencias extranjeras. Lo que inicialmente ha sido guerra de clases, hoy, además de ser guerra de clases, es también guerra de independencia nacional. Los factores reales que han dado origen al nacimiento de este carácter los han originado nuestros mismos adversarios; pues ellos, sólo ellos, han sido los que, viéndose impotentes para obtener la victoria sobre el pueblo valiéndose únicamente de los medios que se encontraban a su alcance, han acudido a sus aliados extranjeros para pedir y obtener la ayuda que ha hecho posible que la guerra siga el desarrollo que tiene.

Comenzó la invasión extranjera enviando crecidas cantidades de material bélico de todas clases a los rebeldes españoles; pero entonces había invasión económica; faltaban otros caracteres ciertos para que se pudiera hablar con fundamento de causa de la independencia nacional, pues, en fin de cuentas, la lucha revestía caracteres de guerra civil. Pero los envíos de material se mostraron rápidamente insuficientes, y entonces comenzaron los envíos de unidades de combatientes extranjeros, que han ido aumentando en volumen a medida que la guerra, endureciéndose, se prolongaba. De ahí que haya nacido lentamente el carácter de lucha de independencia de nuestra guerra, carácter que en la actualidad ha llegado a completarse rotundamente, haciendo que el concepto de independencia impulse a la lucha a la totalidad de nuestros combatientes.

No se trata ya, únicamente, de liberación de oprimidos, de dignificación de explotados. Trátase también de independencia de nuestro suelo patrio, de conservación intacta de nuestro patrimonio territorial; y si en los comienzos de nuestra lucha, el pueblo español, que obraba únicamente movido por motivos de rehabilitación de clase y de libertad, ha sido capaz de mantenerse firme frente a los rebeldes, hoy, que sobre aquellos sentimientos posee también, y en grado acusadísimo, el sentimiento de independencia nacional, está nuestro pueblo en condiciones de asombrar al mundo entero, como ya lo está asombrando, con su tenacidad y con su heroísmo.

Italia y Alemania, pero especialmente la primera, esperan ansiosamente el momento final de nuestra

lucha, para comenzar a cobrarse en tierras y en dignidad española sus envíos en hombres y material de guerra; pero el pueblo español ha comprendido que su independencia, tan fieramente defendida a lo largo de su historia, se convertiría en una entelequia sin valor alguno si se consumasen las aspiraciones de Hitler y Mussolini; por eso cada día que pasa cobra nuevo ímpetu y combate con mayor heroísmo; lo que alguna vez pareció insuperable, es superado cada día; y en una colosal lucha por el record del heroísmo, nadie puede determinar hasta dónde será capaz de llegar el proletariado español.

Hoy la independencia de España está en peligro; por conservarla, por garantizarla, luchan y trabajan todos los españoles antifascistas. A despecho de los nacionalistas, que comienzan por hipotecar la independencia y la libertad de su patria, los hombres del trabajo, los que han tomado sobre sus hombros la tarea de mantener una y otra a salvo de todas las ambiciones de potencias extranjeras. El carácter de guerra de independencia se acusa cada vez con trazo más marcado. Unense en formaciones compactas todos los españoles y sus diferencias interiores se subordinan siempre al logro de los objetivos que les son comunes. Si algo hay que una al pueblo español es el ataque a su independencia; a esa independencia que, siglo tras siglo, ha venido escribiendo las más heroicas páginas de nuestra historia, y que en los momentos actuales da a nuestros hombres la firmeza de espíritu suficiente para asombrar a todos los pusilánimes del mundo.

Independencia es el primer afán de los españoles; quien pretende arrancársela se deja siempre las uñas en nuestro suelo. Recuerden los nuevos tiranos que Napoleón, con ser Napoleón, mordió el polvo de la derrota cuando atacó a la independencia de nuestro país; y que sus águilas imperiales, que se habían paseado orgullosas por todos los confines de Europa, tuvieron que rendirse ante la bravura sin límites de los defensores de las ciudades sitiadas y ante los alardes de heroísmo de los caballistas andaluces que cerraron los pasos de Bailén.



Millones de vidas a capricho de cuatro hombres

Chamberlain, ó 47 millones de británicos y cerca de 500 millones de coloniales; Daladier, 42 millones de franceses y 60 millones de coloniales Hitler, con sus 64 millones de arios germánicos y 7 de austriacos, y, por último, Mussolini, dirigiendo a 40 millones de italianos y 2 millones de tripolitanos y eritreos, sin contar a los etiopes, se han reunido en la capital de Baviera, la histórica ciudad de Munich, antigua Monachium, que fundó el año 962 Enrique de Sajonia.

Los cuatro, alrededor de una mesa, jugaron en días pasados la primera partida, en la que se apuntó un tanto el austriaco alemán a costa de Checoslovaquia, pero el juego no se ha acabado, y ellos seguirán haciendo partidas en las que se ventila el porvenir de Europa, o sea la guerra o la paz, la vida o la muerte, la felicidad, en fin, de 200 millones de gobernados, sin contar los 570 millones de habitantes, en las colonias de las tres potencias, ni los belgas, checos, rumanos, rusos, etc., que, caso de una conflagración, sufrirían los rigores de la más horrible de las guerras que registra la humanidad. Cuatro hombres, que ni son los más sabios, ni los mejores, van a decidir la suerte de Europa, reunidos en un lujoso salón, donde no llegan los ecos de la calle, y después de regalarse el estómago con un soberbio banquete; si es necesario ir a la guerra por alguno de esos muchos motivos que los políticos suelen poner para justificar una movilización bélica, ellos seguirán desde sus alturas inarcesibles, la dirección de la lucha; no les faltará el calor en las frías noches invernales ni bebidas refrescantes en los días abrasadores del verano, tendrán buenas comidas y buenas camas; mientras tanto irán cayendo miles de seres y otros se arrastrarán por las trincheras como si fueran seres irracionales; van a defender el orgullo y la dignidad de sus países, a lavar una ofensa que pudieran haber hecho a sus gobernantes, a ensanchar sus fronteras para que los de arriba puedan saciar su codicia y sus ambiciones; se les dirá que es preciso ir a la guerra porque no hay medio de solucionar los conflictos que ello se plantean, y para defender intereses que tan poco atañen a los de abajo; se les hablará de la patria y de los deberes de ciudadanía, se les inflamará el ánimo con arengas elocuentes y marchas militares, y los eternos corderos de la humanidad formarán en rebaño para encaminarse hacia el matadero; lo exige la patria, y por eso franceses

y alemanes, ingleses, belgas e italianos se matarán unos a otros sin saber el porqué cierto.

Los días trágicos de 1914 vuelven a revivir; las fábricas parán sus trabajos habituales para dedicarse sólo a fabricar armas —se movilizan los ejércitos— los mares son cruzados por las escuadras preparadas para el ataque —miles de aviones esperan la orden de elevarse para destruir desde las alturas en unos minutos lo que tanto tiempo ha costado a los hombres construir —el campo, el comercio, el taller de sus hombres— se encarece el ambiente, la radio y el cine emponzoñan aun más las conciencias con sus propagandas bélicas y lanzan discursos invitando a la guerra los que nunca irán a ella.

No había dinero para solucionar el paro, pero ya saldrá de donde lo haya para quemarlo en la vorágine destructora; no abundaba mucho en "l'avant guerre", y sin embargo en cuatro años se gastaron 185.000 millones de dólares. Las conciencias aletargadas y las memorias dormidas no se acuerdan ya de los 10 millones de muertos y de los innumerales mutilados que, olvidados por todos, vegetan por los países que fueron a defender.

"Yo he pensado, decía Briand, que entre pueblos geográficamente agrupados como Europa, debe existir un lazo federal. Evidentemente, asociados, sobre todo en el aspecto económico; sin tocar la soberanía"; pero aquel sueño de los Estados Unidos de Europa fué una de tantas cosas que nos empeñamos en llamar utopías. Henri Jouvénel, al ver los millones de muertos y mutilados, y los 12 millones de parados que reunían Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, decía: "¿No representan una suma de duelo y miseria, no nos obligan a establecer la solidaridad?". Pero ni a Jouvénel se le escuchó, ni a Briand se le hizo caso, ni se recuerda a Stressemann, y la literatura de Remarque volverá a enterrarse entre el fango de las trincheras.

Y las Internacionales obreras, en vez de alzarse todas a la vez para impedir la general matanza, seguirán en su letargo, en ese estado de semi-inconsciencia que han observado con nosotros, e incluso animarán a los suyos para que vayan a morir y si tienen suerte y sobreviven a ingresar las filas de los sin trabajo.

VISADO POR LA CENSURA

EJERCITO Y POLITICA

El Ejército tiene que ser político, pues de lo contrario es un ejército mercenario. Pero no de un partido político. (Dr. Negrín.)

En su discurso al Parlamento de la República ha recordado el doctor Negrín una serie de cuestiones y de posiciones espirituales sumamente interesantes y del máximo interés; entre ellas cobra rango de primera categoría su afirmación "que estimamos acertadísima", respecto a la politicidad del Ejército. Siempre hemos creído en la virtud íntima de los ejércitos políticos, máxime cuando tienen esos ejércitos que intervenir en una guerra tan acusadamente clasista como es la que se desarrolla en los campos españoles.

Comenzaremos por hacer constar que un ejército político no quiere decir, ni mucho menos, un ejército partidista. Todas las ventajas que tiene el dotar al ejército de un contenido político, de una definida idiosincrasia política, son inconvenientes de la mayor trascendencia cuando ese contenido quiere convertirse en imposición partidista, en envoltura militar de un partido determinado. Los inconvenientes de esto saltan a la vista. Si en el ejército se hace partidismo, incluso en el caso poco probable, absolutamente inseguro sobre todo en España, de que un determinado sector político llegase a adquirir predicamento único dentro del ejército, existirían en este núcleo amplísimos que habrían perdido su confianza, en los mandos y en sí mismos, que estarían a disgusto en las filas del ejército, y que convertirían grupos iniciales de descontento, que llegaría a convertirse en incontenible. Llevar el partidismo al ejército es laborar directamente por la derrota, incluso de los mismos que pretenden adquirir para sí la hegemonía de los soldados. Partidismo equivale necesariamente a imposición a la voluntad de todos, de los deseos y de la voluntad de unos cuantos; incluso cuando estos deseos fuesen los deseos de amplios sectores, no dejarían de producir profundo descontento en otros grupos, se quebraría con esto la unidad que debe revestir un ejército para ser eficaz, y se estaría al borde mismo de caer en situaciones que, sobre ser desagradables, encerrarán en sí el máximo peligro.

Pero en cambio es condición indispensable de un ejército que quiera ser eficiente, y, sobre todo, es ineludible en un ejército que tenga que realizar la tarea que está encomendada al ejército popular español, un contenido político. Esto equivale a decir que hay que actuar sobre los soldados moviéndose en un terreno especulativo de puras concepciones ideológicas, espirituales, precisamente para llevar a la mente de todos los combatientes la convicción profunda de que luchan por obtener ventajas ciertas, claramente determinables en el mismo momento en que se logre la victoria, y aun antes de que ésta se haya logrado.

No lucha el proletariado español, ni para buscar el logro de finalidades imperialistas, ni para defender privilegios de minorías, ni para satisfacer la ambición de unos cuantos logreros y de otros pocos capi-

talistas. La motivación íntima de nuestros luchadores radica en un fuerte espíritu de clase, lo que trae como consecuencia que la guerra española sea una guerra eminentemente clasista. En ella están frente a frente dos concepciones distintas y opuestas de la organización de la vida y de las relaciones sociales: fascismo y revolución social. Nuestros campos y nuestras ciudades sufren los horrores de la guerra; en ellos se está ventilando el futuro del mundo. Por eso nuestro ejército tiene que ser, ante todo y sobre todo, un ejército de contenido político opuesto al contenido político que tiene o quiere tener el ejército de nuestros adversarios. Si aquél es fascista, el nuestro debe ser eminentemente antifascista; si aquél es burgués, el nuestro debe ser de carácter proletario; si aquél es capitalista, defensor y representante de los privilegios del capitalismo, el nuestro debe ser revolucionario, defensor y representante de los anhelos de los trabajadores. He aquí el contenido político propio de nuestro ejército; he aquí también por qué nuestro ejército debe ser un ejército político.

Ganará la guerra la retaguardia más sana

En eso hemos estado conformes todos. Los atrasos y retrocesos en los frentes obtendrán triunfos o fracasos circunstanciales; pero la victoria definitiva será de la retaguardia que haya sabido resistir mejor las privaciones, conservar con más entereza la moral, renunciar con mayor austeridad a los privilegios y transigir con lealtad hasta llegar a finalidades comunes y honrosas. Porque nosotros sabemos que la victoria puede lograrse por una serie de batallas afortunadas; pero la victoria definitiva se logrará en la paz. Para nosotros ganará esa victoria definitiva la retaguardia que salga de la guerra con mayor cohesión y con sentido más claro de su destino y de su impulso. La verdadera batalla, en un frente verdaderamente extenso, será la de reconstruir España. Reconstruirla moral y materialmente. Fuerzas poderosas que, por haber ganado la guerra, tendrán derecho a administrar la paz, habrán de preguntarse si han de reconstruir España para su esclavitud o para su liberación; para que sea su cárcel o su felicidad, su despena o su miseria, su cultura o su ignorancia...

Todo esto nos lo han sugerido las manifestaciones que se atribuyen al marqués de Salamanca, traidor con Franco, que ha regresado decepcionado a la Argentina. Ha dicho: "La verdad es que los partidarios de Franco están esperando el final de la guerra para acabar con los falangistas, y éstos para terminar con los de Franco." Son los juicios más alarmantes para los facciosos que nosotros hemos escuchado. Porque una retaguardia que para eso quiere la victoria y la paz, está perdida irremisiblemente, y lleva la muerte metida en el pecho.

¿Verdad que invitan esas palabras a meditar muy hondamente? Aque-

Ha dicho el doctor Negrín, y ha dicho bien, que un ejército que no es político (en el más elevado sentido de la palabra) es un ejército mercenario. Y esta verdad evidente hay que aplicarla a nuestro caso concreto, y hacer que motivaciones morales profundamente políticas influyan en el estilo espiritual de nuestro ejército, haciendo que destaque el carácter político de las tropas del pueblo.

Nunca puede el ejército del pueblo ser equiparado a un ejército mercenario; y esto, porque un ejército mercenario, que carece de ideales, es un ejército abocado al desastre, e incapaz de realizar las gigantes cas hazañas, los magníficos heroísmos de que han sido capaces nuestras tropas. Pero ese contenido político del ejército que todos los verdaderos antifascistas juzgan imprescindible, no puede ni debe de ninguna manera convertirse en partidismo; lo político es al particularismo político, lo que el bien al mal.

La retaguardia ya sabemos qué rivalidades mantiene y acrecentará al paso de la guerra. ¿Sabrá la nuestra fortalecer su unidad en forma de que las disensiones de los traidores encuentren en la zona antifascista anhelos compactos y terapéutica decidida y compenetrada?

Los trabajadores conocen los sacrificios que soportan y miran al futuro con confianza. Saben que las Organizaciones obreras están enlazadas, que quieren compenetrarse para que sigan siendo pilar de victoria y ruta salvadora. Unidos en sus Organizaciones los trabajadores españoles, todo lo demás será débil, sin nervio y sin sustancia. Pero han de estar unidos en las aspiraciones inmediatas, en la aspiración de salvar la economía y de edificar, sobre las ruinas de España una nación fuerte, que pueda ser faro.



Los líderes hacen la oposición de su Majestad en el Parlamento de Londres. Así va avanzando el fascismo

Ya se celebró el debate en la Cámara de los Comunes. Habló el lord del Almirantazgo, Cooper, para explicar su dimisión, a consecuencia de no estar conforme con la política seguida por Chamberlain. Habló el jefe de la minoría laborista, mister

Attlee. Le siguió en este momento el líder de los liberales, Archibald Sinclair. Excepto el ministro dimitido, porque ha tratado de tragar las condiciones de Munich, no consiguiendo otra cosa que éstas quedaran atravesadas en su garganta, las oposiciones han hecho la oposición de su Majestad tan sólo, ya que Attlee, cordial felicitador de Chamberlain en aquella jornada en que el jefe del Gobierno proclamaba que todo había fracasado, sólo ha tenido energía para decir que la conversión de "los cuatro" no es una garantía suficiente de paz, toda vez que han quedado fuera la U. R. S. S. y Yankilandia. A esto se le ha oído la pro-

metar a Citrine. Y con respecto al líder liberal, tan animado hace meses contra la política nefasta del "premier", rematada con la triple humillación de Inglaterra, igual en Berchtesgaden que en Godesberg y Munich, poniéndose la altiva Gran Bretaña a los pies de Hitler, como ha subrayado Cooper, el primer lord del Almirantazgo, bien poca cosa es lo que ha dicho.

El fenómeno no puede ser más lamentable. A Chamberlain, el político que ha llevado a las democracias a pactar cobardemente con los dictadores, no le atacan las oposiciones, sino los propios conservadores, demostrando aquéllas cuán culpables son de toda la obra nefasta que los "godos" ingleses vienen desarrollando en Inglaterra y en Europa, entregando a las pequeñas potencias a los pies ensangrentados del fascismo italogermánico. Y en demostración de ello, allí está esta realidad, más elocuente que toda la palabrería socializante de los laboristas ingleses. Attlee felicitó al fracasado

mister Eden se retira de la Cámara sin imitarle el líder laborista. Y ahora se repite con más acusados rasgos esta contradicción. Mister Eden, el antecesor de Halifax, disconforme con la política seguida por el "premier" y por el actual ministro de Negocios Extranjeros, es el que se encarga de acentuar la disconformidad del ministro Cooper, diciendo que todos los diputados se sienten humillados por el "Acuerdo de Munich", escandalosa claudicación de Inglaterra ante el fascismo, mientras Sir Samuel Hoare se levanta para defender la política gubernamental, como buen abogado de los intereses capitalistas, limitándose a decir que el Gobierno inglés lamentaba el daño hecho a Checoslovaquia, destrozada ya, puesto que a la desmembración de la región sudeste, sigue la de Teschen, a ésta la de los magiars, y de acuerdo con este desgarramiento del Estado checo, ahí está la nota presentada al Gobierno de Praga por el ministro húngaro cerca de la capital de Checoslovaquia, requiriéndole para el comienzo de negociaciones urgentes a fin de acelerar la desmembración, agravada con la actitud de los eslovacos, también a la parte en este despojo, en este crimen que los Cuatro acordaron en Munich. Y el proletariado francoinglés sigue cruzado de brazos, cual si la entrega hecha al fascismo italogermánico por las democracias no le interesara.

Y ante este espectáculo, tan insolidario como cobarde, ¿cómo extrañarnos de que se hable de la decisión que se atribuye a Chamberlain de cerrar el Parlamento si le es adversa la votación de confianza a la triple vergüenza sufrida por Inglaterra en Berchtesgaden, Godesberg y Munich?

Todo se concibe ante la general desmoralización y ante la general cobardía de que vienen dando pruebas infinitas esos líderes de la "retaguardia", igual en el Parlamento que fuera de él.